



Balta Lelija

4 de noviembre de 2022  
Viernes de la Semana XXXI del Tiempo Ordinario  
“El Buen Pastor y los Suyos”

Jn 10,11-18

Lectura correspondiente a la memoria de San Carlos Borromeo

*En aquel tiempo, dijo Jesús: “Yo soy el Buen Pastor. El buen pastor da su vida por las ovejas; el asalariado, que no es pastor ni dueño de las ovejas, ve venir al lobo, abandona las ovejas y huye; y el lobo las roba y las dispersa; y es que a un asalariado no le importan las ovejas. Yo soy el Buen Pastor, que conozco a las mías, y las mías me conocen, igual que el Padre me conoce, y yo conozco al Padre; yo doy mi vida por las ovejas. Tengo, además, otras ovejas que no son de este redil; también a esas las tengo que traer, y escucharán mi voz, y habrá un solo rebaño y un solo Pastor. Por esto me ama el Padre, porque yo entrego mi vida para poder recuperarla. Nadie me la quita, sino que yo la entrego libremente. Tengo poder para entregarla y tengo poder para recuperarla: este mandato he recibido de mi Padre”.*

Si bien es cierto que nosotros, los hombres, tenemos que cooperar con la gracia de Dios, nuestra parte será siempre la menor. Porque ¿qué sería de las ovejas sin el Buen Pastor? Caerían presas de los lobos, porque son inferiores a ellos y no tienen los mismos medios para defenderse de los que las atacan. ¡Las ovejas no se disfrazan!

¡Pero tienen al Buen Pastor, que no se aparta de su lado y bajo cuya protección están siempre! Esto se debe a que el séquito del Cordero –aquellos a quienes Él llama “las mías”– le pertenecen a Dios en el amor. Le han entregado toda su vida, porque conocen el corazón de su Señor. Le pertenecen a Dios, no en el sentido de una posesión terrenal, de la cual se puede disponer como se quiera; sino en cuanto a la plena confianza y la absoluta disponibilidad de cumplir la Voluntad del Padre. ¡Y Dios se encarga de hacerlos dignos de su amor!

La entrega a Dios es la respuesta que su gracia produce en nosotros. El Espíritu Santo nos revela cada vez más el amor de Dios, dándonoslo a entender e impregnándonos con él. ¿Quién podría resistir a este amor cuando toca a nuestra puerta y se nos manifiesta más y más?

Nuestro Pastor –y también todo buen pastor que sigue su ejemplo– da la vida por sus ovejas. ¡Somos más importantes para Él que su propia vida! Si se meten con nosotros, se meten con “la niña de sus ojos”, su corazón, su amor... Él se enfrenta al lobo y lo ahuyenta, y prefiere dejarse matar Él mismo antes que renunciar a la protección de sus ovejas.

El Señor reconoce al lobo que quiere despedazarnos y dispersarnos, para luego matarnos. Asimismo, todo buen pastor debería reconocer a los lobos. Sin embargo, a veces estos últimos se disfrazan de ovejas o, en el peor de los casos, incluso se hacen pasar por pastores. Aquí se necesita un especial don de discernimiento de los espíritus, para distinguir la luz de la penumbra y de la oscuridad.

Recordemos cuán claramente reprendió el Señor a los escribas y fariseos de su tiempo, llamándolos “ciegos guías de ciegos” (cf Mt 15,14). Ellos eran los líderes religiosos del Pueblo y, no obstante, le cerraban el acceso al Reino de Dios:

*“¡Ay de vosotros, escribas y fariseos hipócritas, que cerráis a los hombres el Reino de los Cielos! Vosotros ciertamente no entráis; y a los que están entrando no les dejáis entrar.”* (Mt 23,13)

También nosotros, en este tiempo, necesitamos urgentemente al Buen Pastor; a Jesús mismo, quien protege a los suyos de la confusión y de los lobos.

En estos tiempos de una crisis aún no superada, necesitamos una clara orientación y guía. Dios ha permitido la así llamada “pandemia”, para llamar a la conversión tanto al mundo como a la Iglesia. Se trata de una reprensión, y es, por tanto, una indicación de Dios para volvernos al camino recto o para que lo hallemos.

Por eso, solo se puede prestar oído a aquellas voces que señalen claramente este nexo y que exhorten a dar los pasos correspondientes. Todo lo demás sólo genera niebla, la cual puede ser usada por los lobos para seguir trabajando y dispersando el rebaño, sin ser detectados.

El mundo debe dejar de atentar contra los mandamientos de Dios. La Iglesia, por su parte, ha de cumplir su misión de anunciar sin reservas a Jesús a todas las naciones, como único Salvador de la humanidad, y conducir así a los hombres a la verdadera adoración de Dios, sin idolatrías ni mezcolanzas. Si no lo hace y se fusiona con el mundo, se tornará cada vez más en una institución intramundana. Y ésta, a su vez, podría fácilmente convertirse en un títere de los poderes anticristianos, y así echaría a perder las llaves del Reino de los Cielos.

¡No nos dejemos engañar por nadie! La Palabra de Dios es clara, así como lo es también la doctrina y la Tradición de la Iglesia.

Las otras ovejas que no son de este redil, a las cuales el Señor también quiere guiar y que escuchan su voz, están en espera de este auténtico anuncio. Esta proclamación ha de ser clara, para que las personas reciban “aguas cristalinas” del Trono del Cordero (cf. Ap 22,1), y sean así conducidas a aquellas praderas en las cuales el Buen Pastor las nutre y protege.

Más vale un pequeño rebaño “que sigue al Cordero adondequiera que vaya” (Ap 14,4), que una Iglesia que se involucra con el mundo y pierde su fuerza espiritual.